

## Elogio y despedida de un gran pediatra: Santiago Ferrer Pi

Manuel Cruz Hernández

Catedrático de Pediatría. Ex Presidente de la Asociación Española de Pediatría

El 12 de febrero de 2012 ha fallecido en Barcelona, cuando le faltaba poco para cumplir 90 años, un gran pediatra y amigo cierto, el profesor Santiago Ferrer Pi. Como muchos le conocían fuera del ámbito catalán, me siento obligado a transmitir esta triste noticia en las páginas amigas de *Acta Pediátrica Española*. Así tengo la oportunidad de glosar su importante significado en la pediatría de nuestro tiempo y su papel integrador en la cátedra de Pediatría de la Universidad de Barcelona.

Le conocí, aparte de algunos encuentros esporádicos previos, a mi llegada a esta cátedra a principios del año 1965. Era uno de los escasos supervivientes de la Escuela de Rafael Ramos en los años cuarenta y cincuenta, ya que Santiago Ferrer Pi había terminado en 1944 la licenciatura en la Facultad de Medicina de Barcelona, la única existente entonces en Cataluña, y pronto fue alumno interno de esta cátedra, consolidando su vocación pediátrica junto a la seductora personalidad de Rafael Ramos, llegado de Salamanca en 1940, para asumir la plaza que había dejado vacante Gregorio Vidal Jordana, contra su voluntad, después de sufrir un proceso de depuración en la posguerra.

Cuando el brillante maestro salmantino falleció de manera repentina e inesperada en 1955, sus colaboradores más destacados no fueron compatibles con el largo periodo de interinidad, difícilmente explicable, que le siguió, o sintieron la necesidad de ampliar en otros sitios sus grandes perspectivas, como sucedió con Ángel Ballabriga, Agustín Pérez Soler y Francesc Prandi, por citar a los que ya no están entre nosotros. Algunos se adaptaron a los nueve años de vacante y mantuvieron así el espíritu de la Escuela de Ramos. Un grupo de ellos, ahora mis amigos, me recibió al llegar, y conmigo iniciaron una etapa de casi 30 años. Al frente de los admirados supervivientes estaba Santiago Ferrer Pi. Si luego pudimos hacer algo en nuestra triple vertiente docente, clínica y científica, en buena parte fue mérito del pediatra y amigo que ahora despedimos, después de haber dejado una huella imborrable, como lo será su memoria.

Si ya era un clínico afamado y con experiencia hospitalaria extensa, en este nuevo periodo pudo desarrollar mejor su vocación docente. Le dirigí su tesis doctoral, que leyó en 1973 sobre aspectos inmunológicos de la poliomielitis, fue profesor asociado y pronto profesor titular numerario por oposición, ayudando a muchos a conocer la pediatría teórica y práctica, tanto a los alumnos en la fase de licenciatura o grado, como a pediatras en la Escuela Profesional, y luego en el sistema MIR

o con los compañeros empeñados en la formación continuada, donde nuestros cursos de Progresos siempre tuvieron reconocida aceptación. Más de una vez he señalado su estilo docente: próximo, sensato y prudente, hasta ser un profesor eficiente, ya que al final la enseñanza médica y pediátrica también es una especialidad. Por ello, se preocupó por las nuevas técnicas docentes, como advierten sus publicaciones y la participación en diversos congresos de la Sociedad Europea de Educación Pediátrica, si bien es más recordado como experto en infectología pediátrica, a la que dedicó una monografía, la conferencia inaugural en la Sociedad Catalana de Pediatría en 1978 y diversas publicaciones, casi todas en *Archivos de Pediatría*, añorada revista a la que ayudó a sobrevivir durante mi dirección. Para quien debe escribir estas líneas, es preciso destacar sus aportaciones en varios capítulos de mis obras principales: el *Tratado* y el *Manual de Pediatría*. Igualmente, su colaboración fue trascendental cuando tuvimos que organizar juntos algunos congresos, como el de la Asociación Española de Pediatría en Barcelona, en 1976, y algunos más, hasta su jubilación en 1988.

Como muchos de los pediatras de su tiempo, cultivó la total medicina infantil y aunó la asistencia ambulatoria con el trabajo en el Hospital Clínico de Barcelona, donde fue uno de los primeros en asistir a los recién nacidos, para asumir la plaza de jefe de servicio con dedicación especial a la Sala de Infecciones, aunque sus intereses y trabajos comprendían un amplio abanico, como reflejan sus publicaciones (p. ej., sobre alteraciones pulmonares en la leucemia del niño o la enfermedad de Kawasaki). Todo ello, cuando todavía el pediatra trabajaba 6 días a la semana y prácticamente las 24 horas del día, dejando poco tiempo para la familia y menos para los amigos. A pesar de todo, tuvo muchos momentos felices junto a sus numerosos hijos, entre ellos el pediatra Guillermo Ferrer Julià, y su querida esposa Montserrat Julià. Sin su apoyo parecerían irrealizables todas las tareas que sólo he podido esbozar, lo mismo que sobrellevar la pérdida de todos sus hermanos y de una hija. Tal vez su noble talento y toda su personalidad venían ya marcados por sus genes o apellidos: como Ferrer, era férreo, constante y fuerte. Como Pi, tenía la ilusión permanente, como la verde hoja del pino, que no desaparece nunca y mantiene unidas las ramas del árbol.

Ha sido un privilegio haber conocido a Santiago Ferrer Pi, amigo cierto, compañero leal y maestro generoso. ■